

RESEÑAS

KARL KOHUT y MARÍA CRISTINA TORALES PACHECO (eds.), *Desde los confines de los imperios ibéricos: los jesuitas de habla alemana en las misiones americanas*. Vervuert-Iberoamericana, Frankfurt/M.-Madrid, 2007; xxxvii + 741 pp. (*Textos y Estudios Coloniales y de la Independencia*, 16).

Es verdaderamente enriquecedor reseñar un volumen de más de 700 páginas que supera los treinta artículos y abarca temas tan diversos como la teología, la arquitectura religiosa, el Tratado de Límites entre España y Portugal y las condiciones que incidieron en la traducción, edición o publicación de textos sobre América. Los autores que colaboraron en la recopilación, coordinada por Karl Kohut y María Cristina Torales, integran un abanico heterogéneo: los hay religiosos y laicos, jesuitas y no jesuitas, americanos y europeos. Así, resulta más que acertado el título del simposio que dio origen al ejemplar que nos ocupa *Diversidad en la unidad: los jesuitas de habla alemana en Iberoamérica, siglos XVI-XVIII*, de septiembre de 2005.

El trabajo está dividido en seis partes con base en los temas centrales de las aportaciones: 1) fundamentos teológicos y filosóficos de la misión; 2) vidas fronterizas; 3) el arte al servicio de la misión; 4) los misioneros ante los naturales de América; 5) reconocimiento y apropiación de la naturaleza americana, y 6) la recepción de la literatura jesuítica en Alemania. Si bien la mayoría de los artículos toca varios de los rubros anteriores.

La orden fundada por san Ignacio de Loyola cumplía con dos labores básicas (aunque no exclusivas): la educación y la propagación de la fe; el ejemplar se enfocó en las misiones. Pero, como afirma Michael Sievernich, la palabra “misión” fue un neologismo que los jesuitas acuñaron en el siglo XVI para referirse a su actividad evangelizadora y a todo lo que abarcara el cumplimiento del cuarto voto (el de obediencia al Papa). Una de esas responsabilidades fue la

incurción casi desde sus inicios en territorios del Imperio germánico. El objetivo fue frenar o revertir el avance del protestantismo. Algunos colegios jesuitas lograron incorporaciones abundantes a la orden. Gracias a ello, las provincias germanas llegaron a tener un buen número de candidatos idóneos para trasladarse al Nuevo Mundo y colaborar en la conversión o catequesis de sus pobladores. La Corona española, desconfiada de los extranjeros, sólo permitió la entrada de los germanos en sus dominios americanos a partir de la década de los 1670, en que comenzaron a llegar los padres o coadjutores que supieran castellano y fueran avalados por la Casa de Contratación. Así, es posible enmarcar la actividad de los jesuitas de habla alemana en América (tema central del volumen) a lo largo de cien años aproximadamente que corrieron entre la autorización real y la expulsión de los ignacianos de los territorios españoles hacia 1767.

Vale la pena resaltar el hecho de que un alto porcentaje de los jesuitas procedentes de Europa central fueron enviados a los confines de los reinos hispánicos, en ocasiones porque se les llegó a considerar más disciplinados para el trabajo, fuertes y resistentes a los climas extremos. Por otra parte, los jóvenes germanos, en muchos casos, habían idealizado la obra misionera entre los indígenas nómadas o seminómadas de regiones tan remotas o inhóspitas como la Amazonia, las Californias o la Tarahumara y se propusieron voluntariamente para ello. Estos misioneros también fueron objeto del recelo de las autoridades reales y de discriminación por parte de sus propios compañeros de orden de origen español o hispanoamericano. De esta manera, además del tema de la lengua, parece que hubo otras condiciones que hicieron peculiar la labor de estos jesuitas en el Nuevo Mundo.

Por otra parte, como se comentó párrafos atrás, la presencia de la Compañía en el Imperio germánico tuvo, entre uno de sus motivos principales, el de reforzar el catolicismo ante la avanzada protestante. Las diversas confesiones del cristianismo generaron controversias que, en diferentes momentos, llegaron a las armas; paradójicamente, católicos y protestantes postularon soluciones comunes ante problemas similares. Ya san Ignacio y Calvino habían puesto la “Gloria de Dios” a la cabeza de su ideario. Los jesuitas y las diferentes confesiones propusieron la educación y la catequesis como formas de proselitismo y arraigo en la fe. El empleo de lenguas vernáculas se hizo fundamental en la transmisión del mensaje religioso, a pesar de que la jerarquía católica se negó a usarlas cuando se trataba de la Biblia y de la liturgia.

En este orden de cosas, es muy interesante la aportación de Krisová, autora de una comparación entre los jesuitas que trabajaron en el Nuevo Mundo y la Iglesia Morava, agrupación protestante en las colonias británicas de Norteamérica en el siglo XVIII. En ambas hay una labor misional como parte del esfuerzo reformador y comparten tres sueños: la ciudad ideal, recuperar el paraíso perdido y el orden. Des-

de ambas perspectivas, los indígenas conservaban virtudes desaparecidas en Europa, algunas de ellas a consecuencia del impacto negativo del racionalismo. En los dos casos, intentaron responder a quienes calificaban de bárbaros a los centroeuropeos. Otra coincidencia entre católicos y protestantes fue el uso de la edición como obra misionera, pues muchos de sus textos tenían contenido religioso.

La Compañía tuvo clara conciencia de que su presencia en América estaba, en última instancia, al servicio de las “dos Majestades”: Dios y el Rey. Eso significó que su actividad misionera fuera de la mano con la sedentarización de los indígenas dispersos y su reducción a “policía cristiana”; pero dio a la orden un poder creciente derivado de los privilegios otorgados por algunos monarcas. Es bien sabido que los jesuitas casi monopolizaron amplios sectores de la educación y llegaron a poseer bienes económicos; motivos recurrentes de conflicto con autoridades civiles y eclesiásticas.

En contraste, la vida del predicador era áspera y complicada. Los recursos eran permanentemente insuficientes ante la abundancia de indígenas que requerían de atención, la escasez de religiosos, las distancias entre unos grupos humanos y otros, la diversidad de lenguas y las dificultades ambientales que, frecuentemente, desembocaban en la escasez de alimentos y otros satisfactores tan elementales como el agua. Los padres y hermanos coadjutores tuvieron que desempeñar los oficios más variados, desde arquitectos y músicos hasta panaderos y sastres. Muchos de ellos se volvieron maestros de oficios para los indígenas, con quienes llegaron a desempeñar tareas agropecuarias.

A pesar de los rigores imperantes en ciertas regiones, el arte fue elemento indispensable en la propagación de la fe. El teatro misionero fue sólo una muestra de la teatralidad característica de la cultura jesuítica, presente ya en los *Ejercicios* espirituales de san Ignacio de Loyola y en otras manifestaciones como las representaciones escolares. La música fue un medio para que los naturales se acercaran a los predicadores y se integró a la evangelización y la liturgia; en algunos casos, incluso al bagaje cultural de las comunidades indígenas. La arquitectura, en la edificación de misiones y templos, fue de la mano de la escultura y la pintura barrocas. Los púlpitos, por ejemplo, con sus ricos relieves, permitían una clara síntesis entre la palabra y la imagen.

Los jesuitas germanos se destacaron en algunas de estas actividades. Además, fundaron escuelas o fueron maestros de artes y oficios para los indígenas. Gracias a ello fue posible que un icono mariano tradicionalmente germano, *Maria Hilf* o ¡Ayuda, María!, casi tan importante como Santa María la Mayor en Italia, estuviera presente en regiones tan dispares como la guaraní, la peruana o la novohispana (en Tepotzotlán). El arte hacía posible convencer por el intelecto y conmover, es decir, tocar las emociones.

En última instancia, los recursos estaban encaminados al adoctrinamiento de los indígenas y los jesuitas desempeñaron su labor entre los más complicados de la América hispana. Muchos de los misioneros germanos tuvieron intereses que hoy llamaríamos etnológicos y procuraron conocer y describir las costumbres, tradiciones, medios de subsistencia y religiosidad de las comunidades donde ejercieron su ministerio. Hubo referencias a la “naturaleza” de los nativos y su condición humana, que frecuentemente fue valorada negativamente. Para Treyer, Mayr y Baegert, los indígenas no bautizados eran viciosos, idólatras, supersticiosos, incultos y belicosos; los convertidos eran simples, dóciles, mentirosos, aunque diestros para aprender artes y oficios por imitación. Baegert encontró diferencias con los europeos en su visión del trabajo, el tiempo y la economía, mientras Pfefferkorn puso el acento en el desinterés de los nativos por la religión y el más allá. Si bien no por ello los consideraron necesariamente inferiores ya que, al menos físicamente, podían ser más sanos y fuertes que los europeos. Dobrizhoffer, por su parte, tenía pocos juicios negativos sobre los indígenas. Desde su perspectiva, la crueldad que les caracterizaba era la consecuencia de la brutalidad de los conquistadores españoles, también criticados por Pfefferkorn, quien afirmaba que los hispanos (laicos o religiosos) solían ser una mala influencia para los neófitos. Bayer expuso la sobreexplotación de los naturales por su propios caciques y las autoridades españolas, aunque sabía que el apoyo militar para la expansión del cristianismo era indispensable.

La comprensión del comportamiento indígena iba de la mano con el conocimiento de su entorno. En las obras de los jesuitas germanos estuvo presente la descripción de la geografía, el clima y la historia natural acompañadas frecuentemente con mapas. Gilg, Kino y Keller centraron sus trabajos en la Pimería Alta, actuales estados de Sonora y Sinaloa en México, mientras que Linck, bohemio, se empeñó en demostrar que Baja California era una península, contra quienes insistían en decir que era isla, y fue el primero en llegar a la Alta California por tierra.

En los escritos había una amalgama entre descripción racional, interés por el conocimiento y trasfondo religioso. En la mayoría de los casos, Eder, por ejemplo, había una sensibilidad al paisaje característica del racionalismo en ascenso a mediados del siglo XVIII, pero en última instancia sus referencias a la naturaleza eran vistas como formas de exaltar la creación divina. Había, a su vez, un interés práctico. Los misioneros se relacionaron con el ambiente de manera que pudieran comprender a sus habitantes, los indígenas, pero también sobrevivir en circunstancias extremas. El saber sobre la flora, la fauna, los minerales, etcétera, se priorizaba a partir de su utilidad para los seres humanos y escasearon los criterios taxonómicos. En algunos casos, como el de Pfefferkorn, la enumeración de las riquezas natu-

rales servía de argumento para criticar la ineficacia de los españoles para aprovecharlas.

Los textos escritos por jesuitas de habla alemana gozaron de prestigio muy diverso dependiendo de la época, la región y los editores asociados con su publicación. Según los artículos compendiados en *Desde los confines...*, uno de los denominadores comunes a las obras de los misioneros fue su contenido y sentido religioso. Para autores como Stöcklein, por ejemplo, la edición era una misión que tendía a buscar la salvación de los lectores y alentar las vocaciones religiosas.

La mayoría de las publicaciones fueron exitosas, cuando menos al interior de la orden. Pero en términos generales estuvieron sujetas a las condiciones del mercado editorial, es decir, a la conjunción entre los intereses de los autores, editores y consumidores. Murr, protestante, apoyó la impresión de trabajos jesuitas, aunque algunos de ellos fueron modificados y mutilados a criterio del editor. Se consideró que la publicación más importante de misioneros jesuitas de habla alemana fue el *Der neue Welt-Bott*, editado por Stöcklein. Las modas literarias también influyeron en el proceso. En un momento dado, las cartas y la literatura de viajes estuvieron en boga, el gusto por lo exótico hizo que los temas americanos resultaran atractivos para el público alemán; ocasionalmente, el norte protestante del Imperio se sintió atraído por estos materiales por curiosidad humanística, mientras que para el sur católico el interés era fundamentalmente religioso y de identidad (las comunidades se reforzaban mediante la exaltación de la tarea desempeñada por los jesuitas nativos de sus regiones).

Conforme fue avanzando el siglo XVIII el antijesuitismo rampante (que desembocó en la expulsión de la orden de Portugal, España y Francia y la supresión de la orden en 1773) y el racionalismo ilustrado hicieron decaer estos intereses y la venta de libros dedicados a la actividad evangelizadora en América, aunque no desaparecieron –incluso se utilizaron para defender a la Compañía y su labor en América en respuesta a las críticas de ilustrados como Buffon, Reynal y Robertson sobre la naturaleza y la población americana. El argumento central de los misioneros era que los filósofos racionalistas no conocían el Nuevo Mundo. La veracidad de los escritos jesuitas se sustentaba en que habían sido redactados por testigos presenciales.

El volumen que aquí se reseña es un complejo entramado de palabras y obras, lenguas y vivencias que comienza desde el título. El tema central está definido por un idioma: el alemán, elemento unificador, aunque no del todo. Bernd Hausberger retomó las palabras de Stöcklein sobre las dificultades para editar su *Der neue Welt-bott*, ya que las variantes lingüísticas del alemán dificultaban su traducción y este ignaciano planteaba la necesidad de una estandarización. Hausberger señala que estas divergencias reflejaban las que había entre las distintas confesiones del cristianismo en el Imperio.

Si eso sucedía con el alemán, el problema se intensificó cuando los jesuitas de aquellas regiones pudieron pasar a América. Por principio, para ser sacerdote jesuita era indispensable el conocimiento del latín, pero algunos dominaban también el griego o el hebreo. Para que la Corona española les autorizara trasladarse a sus territorios americanos tenía que hablar español. Dado que la mayoría fueron a predicar entre indígenas fue imprescindible conocer al menos alguna de sus lenguas.

Desde esta perspectiva, el dominio de la palabra era, en sí mismo, una misión, y entrañaba dificultades como cualquier otro aspecto de la propagación de la fe. La complejidad o la variedad de las lenguas, que imposibilitaba el contacto claro y directo con los naturales, era equivalente a los obstáculos que imponían la geografía, la belicosidad de los indígenas, las autoridades españolas o las artimañas del demonio para impedir los avances de la cristiandad.

La mayoría de los evangelizadores jesuitas dominaron varias lenguas (Cristóbal Ruel llegó a siete, por ejemplo) e hicieron, cuando menos, tareas de traducción básica. Redactaron oraciones y textos doctrinarios en lenguas indígenas, en ocasiones de forma literal mientras que otras fueron “adaptadas culturalmente”, como Baegert con el waicuri. Pfefferkorn, por ejemplo, señalaba la dificultad para representar ideas abstractas especialmente en pima, también estudiado por Keller.

Otros fueron considerados lingüistas, entre ellos Bettendorf. Algunos, como Gilg, redactaron vocabularios en los idiomas de los nativos. Matthäus Steffel hizo un diccionario muy completo de la lengua tarahumara convertido en fuente de conocimiento lingüístico y cultural. Cuando llegó a Nueva España, además del alemán, el latín y el castellano, era conocedor del hebreo, posiblemente del griego y en el nuevo mundo se familiarizó con el náhuatl. Se basó en la gramática latina para analizar la lengua tarahumara, hizo aportaciones significativas sobre fonología, morfología, semántica, sintaxis y pragmática, documentó la fricativa ([h] con sonido similar al de la “jota” en español) e hizo estudios comparativos entre variantes yutoaztecas.

La obra de Steffel se publicó en el exilio y fue de las últimas de su tipo por múltiples razones: la expulsión de los jesuitas, la reducción de la población indígena, la pérdida del fervor evangelizador de las monarquías católicas europeas, los procesos de independencia de los reinos hispanos en América son de las más importantes.

Los textos de análisis lingüístico no fueron los únicos que los hijos de san Ignacio, de habla alemana en Hispanoamérica, llevaron a cabo. Buena parte del conocimiento que se tiene sobre la labor misionera se debió al intercambio entre la acción y la escritura como testimonio de fe, es decir, a la palabra como obra. Ya se dijo que para Stöcklein, en su *Der neue Welt-Bott*, editar era una misión. Además de

ésta, la lista de publicaciones referidas en *Desde los confines...* es larga, desde las *Noticias de la península americana California*, de Baegert; Dobrizhoffer y su *Historia de los abipones*; el *Viaje al Perú*, de Wolfgang Bayer y otros tantos libros de Gilg, Keller, Linck, Eder y Pfefferkorn.

El volumen coordinado por Karl Kohut y Cristina Toral es un claro ejemplo de la vida convertida en discurso. Si se tratara de encontrar un eje de contenido, más allá de lo establecido en el título, éste podría ser la biografía. Casi todas las aportaciones contienen datos de jesuitas alemanes (padres de cuatro votos o coadjutores, de Nueva España, Perú o Nueva Granada), caciques indígenas, editores, etcétera. En un primer plano, los artículos hacen referencia a autores jesuitas y sus escritos; éstos, a su vez, remiten a información biográfica. Todo ello muy acorde con la tradición ignaciana que arrancó con la autobiografía del santo de Loyola y se prolongó, para la primera etapa, hasta la extinción de la orden en 1773. Los géneros fueron muy variados: las cartas de edificación, las vidas o los menologios, con un objetivo claramente moralizador. Las crónicas, las historias, los relatos de viajes también reseñaron la trayectoria de los soldados de Cristo o de personajes destacados en las épocas o regiones descritas. También se percibe la presencia de los grandes esfuerzos biobibliográficos que, con afán enciclopédico, constituyeron las aportaciones jesuitas al conocimiento de su orden, y de las compilaciones bibliográficas en general, principalmente en los siglos XIX y XX.

Así, en la obra que reseñamos, la lengua y la acción, la vida y la palabra, el viejo y el nuevo continente parecen empalmarse como una *matrioska* rusa que vale la pena desarmar mediante una lectura detenida; si bien puede usarse como instrumento de consulta y elegir un tema o artículo específico a partir de los intereses del lector. En cualquiera de los casos, el único peligro es que una aportación lleve a la otra, un autor remita al siguiente, y termine leyéndose el volumen completo con sus más de setecientas páginas.

CARMEN ESPINOSA VALDIVIA
El Colegio de México

GRACIELA FERNÁNDEZ RUIZ, *Argumentación y lenguaje jurídico. Aplicación al análisis de una sentencia de la Suprema Corte de Justicia de la Nación*. UNAM, México, 2011.

Argumentación y lenguaje jurídico nos conduce por el camino de análisis de la argumentación, comenzando con las bases de la lógica analítica, la dialéctica, la retórica y la lingüística, para llegar finalmente a los razonamientos que dirigen una sentencia judicial. En este reco-